



LA ENFERMA

Ha cerrado los ojos... Ha quedado dormida... Desde la calle llega el rumor de la vida que se levanta... ¿Acaso como una anunciación esta canción serena vibra en mi corazón?... Sobre la mesa el frasco de inútil medicina; la amarillenta lámpara cuya luz ya declina; las joyas olvidadas y un manojito de rosas marchitas y estrujadas. El reloj de la estancia gime pausadamente las horas que transcurren lentas y gravemente. En tanto de la torre cercana, alzando el vuelo, la matinal canción va a perderse en el cielo.

Alborea. En serenos y dorados raudales penetrará la luz por los claros cristales. Sus suaves melodías los pájaros levantan y hay mil ritmos internos que al corazón encan-

[tan.
Un profundo latir exalta la suprema ilusión de vivir. ¡Oh, Amor! Haz que sonría, que se embriague de azul y dulce poesía,

que oiga como en su lengua de cristal la fontana le cuenta sus secretos a la clara mañana.

Pero, inútil empeño! Sus pupilas cansadas permanecen cerradas... Como una rosa mística se ha quedado dormida... Diríase que su alma ha huído de la vida, que sólo queda el cuerpo sin calor sobre el lecho, que el corazón, alado, se le escapó del pecho... Alguien ha entrado aquí, queda, calladamente... Alguien que es invisible, alguien que mi alma [siente

silencioso ha venido a robar los colores de su rostro dormido...

Y si ella ya no vive, ¿para qué, claro día, viertes el luminoso raudal de tu alegría?... ¿Para qué esta canción que abre sus alas místicas dentro del corazón?...

Manuel BENAVENTE.

Dib. de Hohmann